PRÓLOGO
POR PABLO VIERCI

CONOZCO A EDUARDO STRAUCH DESDE SIEMPRE, por el hecho de que compartimos el mismo colegio, el Stella Maris-Christian Brothers de Montevideo, si bien no estábamos en la misma clase. En aquel entonces era un colegio pequeño, singular, de *brothers* irlandeses, en un barrio alejado del centro, Carrasco, donde se jugaba al rugby, en uno de los países más futboleros del continente. Eduardo ingresó en 1955 y yo en 1956. El vínculo se estrechó intensamente desde el año 2005, cuando comenzamos a conversar para que los sobrevivientes de los Andes me ayudaran a escribir ese libro coral titulado *La sociedad de la nieve*.

Desde mis recuerdos brumosos de la infancia y adolescencia hasta el Eduardo que conocí más íntimamente en este último período, siempre conservo de él, al igual que de sus dos primos hermanos, Daniel Fernández Strauch y Adolfo Strauch, la misma impresión, como si se hubiera grabado a fuego en aquellos años cincuenta y sesenta y jamás se hubiera torcido: aplomo, integridad, sabiduría y lealtad.

Por eso no me sorprendió que esas peculiaridades se mantuvieran asociadas a los primos Strauch cuando se pusieron a prueba en

el terrible episodio del accidente aéreo en los Andes de octubre de 1972. Y tampoco me sorprende que esas mismas características se afianzaran aún más en el tiempo posterior, cuando descubrí, entre otras cosas, el desarrollo espiritual de Eduardo. Como si esas peculiaridades de sus personalidades se mantuvieran en la base para proyectarse, desde allí, en otras direcciones.

Este libro, que traza con el relato de Eduardo un paralelismo con los doce pasos que conforman la estructura de *El viaje del héroe*, pasando por los arquetipos de personalidad que definió Jung como patrones de conducta, resulta por demás sugestivo y valioso.

Y al mismo tiempo invita a complementar ese ejercicio con otro: Eduardo, sin proponérselo, siempre implosiona todas las categorías, todos los casilleros, porque ha vivido y lo sigue haciendo todos los días de tal manera que resulta, más que un viaje con mojones predeterminados, una exploración por territorio desconocido, que no tiene un final definido ni nos arroja verdades concluyentes, sino permanentes desafíos y la sensación de que siempre, con él, estamos dando un paso más que ayer. Estamos aprendiendo, enriqueciéndonos, corriendo siempre velos nuevos que nos aproximan al misterio de la vida y de la muerte.

En el larguísimo proceso de la película *La sociedad de la nieve*, basada en mi libro coral del mismo título, y en la que participé intensamente como productor asociado, o en mi rol de desarrollo de guion, bajo la batuta del director Juan Antonio Bayona, intentamos hacer algo parecido, porque sabíamos que la historia de los Andes no permite arribar a verdades definitivas, sino siempre provisorias: nos atrevimos a explorar, a navegar por territorio desconocido, emulando a personas como Eduardo, con la esperanza de que hoy llegaremos más lejos que ayer, pero siempre menos que lo que podremos llegar mañana.

He viajado con Eduardo, lo he acompañado a dar charlas sobre la experiencia de los Andes, con él mostrando la perspectiva desde adentro del avión mientras que yo estoy afuera, pero en la cercanía, como una suerte de puente entre el auditorio y él. Al finalizar

la charla, siempre ocurre que la gente quiere abrazar a Eduardo y nunca me quiere abrazar a mí. Porque ese abrazo a Eduardo expresa, de una forma intangible, ese plus que tiene esta historia, ese enigma y atractivo que genera en estas personas, algo que no puede expresarse ni siquiera con palabras, y tampoco con categorías, y que hace más a una emoción que a una idea: eso es el abrazo.

Cuando escribimos, o hablamos, la mente intenta ordenar las emociones, pero en el caso de Eduardo uno siempre se queda con la sensación de que la explicación racional se queda corta. El abrazo habla en su lengua.

Con él siempre me surgen algunas aproximaciones a enigmas inescrutables. En primer lugar, siento que Eduardo tiene un conocimiento de la muerte, y de sus alrededores, que el común de los mortales no sabemos ni conocemos.

Tiene una noción de lo que significa vivir sin las máscaras que usamos en nuestra vida cotidiana —para poder interactuar con los demás, para poder ser más funcionales— más profunda que nosotros. Como él dice, en la montaña «no había ningún personaje que seguir representando y pudimos cada uno ser lo que éramos, sin filtros».

Sabe más del vínculo al que pueden llegar los seres humanos que nosotros, por eso él y los otros sobrevivientes siempre dicen que entre ellos «somos más que amigos, más que hermanos». Claramente falta una palabra que exprese ese sentimiento.

Tiene una noción del amor que va más allá de nuestra comprensión, por eso su primo Daniel Fernández Strauch siempre decía que «nunca fuimos mejores personas que en la montaña».

Alcanza distintos planos de conciencia que me temo que no todos logramos, por eso él habla de que en la montaña su mente «se expandía por el universo, entre la quietud y el sigilo del cosmos».

Todo esto genera más preguntas que respuestas, a medida que pasa el tiempo, a medida que maduramos, por eso el desafío y el misterio siempre se renuevan.

¿Cómo pueden darse todas estas peculiaridades y esas enseñanzas en el peor lugar imaginable, en el medio de los Andes, sin nada,

abandonados por la «sociedad del llano», donde deben crear otra sociedad completamente nueva, singular e irrepetible, contradiciendo todas las profecías apocalípticas, pautada por la compasión y la misericordia, por la fraternidad? Además, esa sociedad es disruptiva, como cuando realiza el ejercicio de generosidad más trascendente que conozco, como ese pacto de entrega mutua, que hasta está documentado en una carta de uno de los chicos que murieron: si yo no sigo, puedes usar mi cuerpo para volver de regreso a nuestras casas, porque somos combustible y sobrevivientes al mismo tiempo. Como lo expresa Eduardo en este libro, en ese acto «crucé un umbral».

La profecía autocumplida pone techos que son necesarios para funcionar en la vida cotidiana y ordinaria. Personas como Eduardo están aquí para enseñarnos que se pueden perforar todos los techos, que se puede cruzar el umbral para reconciliarnos con lo mejor del ser humano, para recuperar el optimismo, el verdadero valor de la vida, despojándonos de lo fatuo, atreviéndonos a hacer un viaje que siempre es diferente, y por eso siempre nos transforma y nos ayuda a superarnos.

Con Eduardo aprendemos que cuando el ego se despoja de todos los disfraces, surge un hombre bueno.

Percibo con curiosidad que cuando la gente le pide permiso para darle un abrazo, Eduardo se siente abrumado, casi con timidez, pero también advierto que con el tiempo ha ido aprendiendo que él se ha convertido en un símbolo, un pretexto, y asume esa responsabilidad con humildad, pero, por encima de todas las cosas, con generosidad. No hay ego, ni vanidad, ni cosa que se le parezca. Más bien, lo que advierto es amor.

Esta historia se ha transformado en una larga cadena a la que se le van sumando eslabones. Los nuevos eslabones son los espectadores de las películas, los que leen los libros, los que escuchan a personas como Eduardo, los que lo acompañan a su peregrinaje a caballo al lugar del accidente, en el medio de los Andes. Esos son los que tienen ahora la antorcha que se encendió por primera vez entre

octubre y diciembre de 1972. Ellos enriquecen este legado porque es la historia del ser humano en sus límites, en una situación desmesurada, pero donde asoman las características más genuinas, y posiblemente las más escondidas y verdaderas de todos nosotros.

Cuando escuchamos a Eduardo, en esa carrera de testigos, donde se van pasando la antorcha, lo fatuo resulta más fatuo y lo verdadero resulta más trascendente.

En esta suerte de compromiso que le deparó el destino, Eduardo carga esa responsabilidad a su manera, en voz baja, con grupos pequeños, más íntimos, donde puedan asomar las emociones, donde podemos aproximarnos con confianza a ese territorio inexplorado de lo espiritual, con Eduardo como guía.

Sin estridencias, con el aplomo, integridad, sabiduría y lealtad que le conocí desde que éramos niños.

Pablo Vierci
AUTOR DE *LA SOCIEDAD DE LA NIEVE*